Fuera de VALIJA
Nº 129 = 5 junio 1948

NUEVA DIALECTICA DE LAS PISTOLAS

LOS pilares del falangismo son, como se sabe, el señoritismo, la voluntad de imperio, la literatura esquizofrénica, los sindicatos verticales, la beatería, el estraperlo y la dialéctica de las pistolas. Esos pilares sustentan la obra de la Falange, en la cual figuran el hambre, la inflación monetaria, el racionamiento de las patatas, los suburbios, la tuberculosis, la desnutrición infantil y la prostitución. El cuadro es brillante, majestuoso y fascinador. El señoritismo falangista ha conducido a la miseria general; la voluntad de imperio, a que el régimen franquista sea objeto de execración universal; la literatura esquizofrénica, a que no haya literatura; los sindicatos verticales, a que pronuncie discursos el camarada Sanz Orrio; la beatería, a que los ingenieros de caminos tengan que estudiar historia sagrada, religión, cánones y teología; el estraperlo, a que los generales franquistas más conspicuos hayan acumulado fortunas fabulosas; y la dialéctica de las pistolas, a qué hasta las pistolas de juguete sirvan ahora para perpetrar atracos callejeros.

La esencia del falangismo es, si se me permite la expresión, una voluntad de atraco. El falangista nace pistolero, y luego se hace poeta imperial, fiscal de Tasas, comisario de la vivienda, camarada jefe del Movimiento, Consejero Nacional, etcétera. Pero en el origen fué la pistola hecha verbo. La dialéctica de las pistolas es, pues, la forma pura del raciocinio falangista.

Viene todo eso a cuenta de una reciente disposición gubernamental dictada en España, en virtud de la cual "los niños españoles —copio el telegrama informativo de una agencia— tendrán que prescindir en sus diversiones de las pistolas detonadoras y otras armas cortas de juguete, demasiado similares en sus líneas a las auténticas". Es decir, el falangismo, que puso en manos de sus pistoleros las pistolas de verdad, quita de las manos de los niños las pistolas de mentira. Bien está que un falangista asesine con una verdadera pistola a un republicano español, pero no se permite que un niño, jugando, haga ¡pum! con una falsa pistola.

La orden dictada por la Dirección General de Seguridad de Franco no obedece, sin embargo, a esos principios antibélicos, pacifistas y humanitarios que periódicamente suelen inspirar grandes campañas internacionales para combatir el nocivo ejemplo de las armas de juguete. Con efecto, un cañón de bolalata que dispare granadas de corcho puede despertar en la tierna imaginación infantil unas tremendas y feroces aficiones guerreras, y determinar una inexorable vocación de artillero en activo que no se considere satisfecha hasta haber bombardeado realmente, con cañones auténticos fabricados en Trubia, el edificio de la Telefónica de Madrid. Pero quienes cañonearon las viviendas madrileñas con cañones de verdad y quienes asesinaron a los republicanos españoles con pistolas de verdad, tienen, ciertamente, escasa autoridad para oponerse a que los niños empleen ahora pistolas de mentirijillas. No se comprende, en realidad, a un falangista diciéndole a su hijo pequeño:

—Deja esa pistolita de madera, que tiene caca. Cuando seas mayor, ya te dejaré yo la mía para que puedas matar con ella a los vecinos que sean rojos.

El sentimiento antibélico, pacifista y humanitario queda, pues, descartado en este caso. La Dirección General de Seguridad franquista no prohíbe las pistolas de juguete porque sean de juguete, sino porque no parecen de juguete, y su "semejanza con las auténticas armas cortas de fuego —dice la orden, según el mismo telegrama periodístico— puede dar lugar a confusionismo en una instantánea visión". Se adopta, pues, tal medida "por ser la apariencia de las pistolas de juguete tan idéntica a la verdad, que permiten causar igual coacción en los amenazados". "Esta decisión de las autoridades —termina diciendo el telegrama—, según se desprende de los comentarios que a la misma ha hecho la prensa, obedece a la abundancia de atracadores y maleantes a los que, a la hora de su detención, se les ocupan armas falsas. Ello, naturalmente, atenúa en gran parte lo delictivo del acto cometido".

Comprendido. El genuino pistolero, con pistola de verdad, es decir, el falangista, no puede tolerar la competencia profesional del falso pistolero, con pistola de juguete, o sea, el maleante no inscrito debidamente en un sindicato vertical. Sabido es que las pistolas que matan, las que han servido para asesinar a tantos republicanos en España están acaparadas hoy en día por los falangistas. El pistolerismo auténtico es un monopolio de Estado del que disfrutan exclusivamente los camaradas de la Falange. Ningún maleante que no pertenezca al partido oficial puede usar en España una pistola de verdad, ni asesinar a nadie con un arma corta de fuego que dispare verdaderos proyectiles homicidas. El maleante independiente, el atracador que trabaja por su cuenta, el pistolero disidente ha de contentarse en España con una pistola de mentirijillas, para asustar a la gente y poder disfrutar luego de las atenuantes legales. De tal modo, la nueva dialéctica de las pistolas se complica bochornosamente con esta desleal competencia profesional que el auténtico pistolero de la Falange hace al falso pistolero del arroyo, individual y anónimo, pistolero amateur como quien dice. El pistolerismo profesional falangista, que practica el asesinato a mansalva y se ejerce como monopolio estatal, se asusta ahora ante la simple y vana amenaza de las pistolas de juguete, que hacen ¡pum! con un detonador como un confeti. ¡Torpe y ominoso sino de la antes arrogante dialéctica de las pistolas!

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG. 1.29 | 1314